

JESÚS ARCENSIO, PERFIL DE UN SUEÑO

Manuel Moya

En 1927, año de acusada referencia poética, un muchachote alto y de porte distinguido, casi recién llegado a Huelva, pasa sus mañanas en el Colegio de San Casiano, donde se preparará para el bachillerato. El chico, que tiene por nombre Jesús Arcensio (Galaroza 1911), acaba de poner sus pies en la capital procedente de su pueblo natal, aunque parte de su familia es originaria de Niebla, capital histórica del Condado. Sus padres, honrados comerciantes ubicados en Galaroza, regentan una ferretería en la que hoy se conoce como calle Dr. Gumersindo Márquez, que une el paseo de los Álamos con la plaza del Ayuntamiento, y podríamos aventurar que se trata de una familia acomodada que desea hacer carrera de su hijo, guapo, enamorado y algo aficionado a los versos. Jesús, como ya le llaman sus compañeros de San Casiano, se encuentra con una ciudad pueblerina, provinciana y casi colonial, pues la hegemonía política y económica de los intereses británicos en la ciudad es definitiva. Nada puede hacerse sin su aprobación y su beneplácito. Como contrapunto a esta hegemonía, la ciudad ofrece un curioso panorama cultural, en el que no faltan ateneos, artistas de distinto pelaje y hasta un cierto ambiente canalla, fruto de su impronta marinera y portuaria. Esto último hará de la capital un lugar propicio para inciertas expansiones folclóricas y bohemias, extremos a los que el joven poeta serrano no será ajeno. Cuenta su compañero de colegio Rafael Manzano en su libro *Huelva en los labios*, que Jesús se aplicaba con igual temeridad a los versos que a la farra y que cada dos por tres escalaba los muros del colegio para saborear los sabrosos frutos de la noche.

Pero decíamos que Huelva es entonces una ciudad con ciertas iniciativas culturales y en ella abundan, cómo no, los poetas. María Rodríguez Calero, que firmaba como Mario Roncorno, Rodolfo Gimeno, Pedro García Morales, Alfredo Blanco, Agustín Morales, Julián de Alcántara, el cura Antonio Pérez Reina, Casto Pino y el ayamontino José Jiménez Barbieri,

que encarnaba como ninguno el destemplado estandarte de la bohemia al más puro estilo verleniano, ofician como los vates del momento. Ninguno de ellos, sin embargo, traspasó la estricta frontera de la poesía local y decimonónica.

No es este el caso de Rogelio Buendía, el gran autor onubense de la época -exceptuamos a Juan Ramón, cuya vida transcurría en Madrid-, en contacto permanente con la vanguardia española y europea, quien llegó a cartearse con el entonces desconocido poeta y conocido polemista lusitano Fernando Pessoa. El médico Rogelio Buendía y su esposa, la también joven novelista María Luisa Muñoz de Vargas, forman parte de la burguesía capitalina, pero son los abanderados de la modernidad en Huelva. Rogelio, adscrito al *ultra hispalense* de la revista Grecia, será una de las figuras más inquietas de nuestras vanguardias, manteniendo relación directa con los pujantes futuristas italianos, como Marinetti, con los adelantados franceses Valéry o Larbaud, y con los modernistas portugueses, entre los que se encontraban el citado Pessoa y sus compañeros de *Contemporánea*. La obra de Buendía es interesante y cabe destacar precisamente su periodo vanguardista, con libros como los *ultraístas Nácares* (1916), *La rueda de color* (1923), *Guía de jardines* (1928) o *Naufragio en tres cuerdas de guitarra* (1928), libro que ya supone un escoramiento hacia al surrealismo. Le cabe a nuestro Rogelio Buendía el doble mérito de ser el único poeta español a quien reseñó Pessoa y de ser su primer traductor al castellano, así como el único que lo tradujo en vida. Buendía y Adriano del valle se conocen en Sevilla a través de la revista Grecia durante el año 1916 y enseguida se establece entre ellos una relación de afinidad artística. La residencia de Del Valle en Huelva y la citada negativa de la revista hispalense *Mediodía* de publicar el libro de Villalón determinará a este curiosísimo trío la fundación de *Papel de aleluyas*, verdadero hito literario y cultural de la Huelva de las primeras décadas del siglo XX.

La relación del adolescente poeta cachonero con los integrantes de *Papel de aleluyas*, no debió ser tan estrecha como apunta José Baena en su prólogo a la compilación de la obra arcensiana. Basta pensar que Arcensio sólo cuenta entonces con 16 años. Por si hubiera dudas, tampoco existen

colaboraciones del cachonero en la citada publicación. Hasta ese momento, Jesús Arcensio, muchacho curtido en las calles y huertos de Galaroza, combina su pasión por nuestros clásicos, de quienes muy poco a poco va adquiriendo su peculiar técnica, con la frecuentación de los tugurios flamencos y portuarios que jalonan la ciudad y donde sin duda encontrará sus primeras experiencias sexuales. En esta triple encrucijada crecerá como poeta y todas ellas dejarán un rastro indeleble en su poesía primera. La lectura de la *Antología segunda* de Juan Ramón también dejará duraderas influencias en una obra que desde muy pronto estará regida por la coherencia interna. Pese a lo referido con anterioridad, la importancia de Adriano del Valle y Rogelio Buendía en la incipiente obra de Jesús Arcensio, será determinante, como se verá en los poemas que el joven poeta onubense enviará a Adriano del Valle cuando éste se ha situado ya en Madrid, una vez acabada la guerra civil.

Mientras nos ocupábamos de las vanguardias onubenses, habíamos dejado a nuestro aprendiz de poeta escalando las tapias del colegio de San Casiano para unirse a los flamencos y la curtida marinería que hacía de las suyas por la otrora efervescente calle de Gran Capitán, lugar donde profesaban las putas, sablistas y buscavidas de toda laya. Años más tarde, en los duros y mojigatos años de la dictadura, será el propio poeta quien regentará algún mítico café de alterne en esta misma calle. Salvo esporádicas temporadas en su tierra natal, Jesús Arcensio no saldrá de la capital estuaría hasta 1935 en que se establece en Ayamonte como maestro. Serán años de aprendizaje y contacto epistolar con algunos de los integrantes de las llamadas generaciones del 27 y del 36 -sus estrictos coetáneos- con quienes compartirá colaboraciones en revistas y hojas literarias de dentro y de afuera de la provincia onubense. Si los poemas escritos en torno a 1925 presentan aspectos lógicamente primerizos, los firmados a partir del 29, sin ser todavía maduros y no suyos del todo, dan muestra de una escritura exigente, donde son ya reconocibles aspectos ineludibles de su futura poética. Se trata, en general, de algunos romances y canciones de vivo colorido y de gran plasticidad, muy en la estela neopopular del Juan Ramón de la *Segunda antología* (1922) y del Lorca del *Romancero gitano* (1928), faros no sólo de su poética sino, en general, de toda la joven poesía del momento. *Romance*

del agua turbia, *Silencio mágico*, *Pino torero*, *Tiempo*, *Primavera amazona* o *Romance de la muerte del invierno*, pertenecen a esta época que pudiéramos llamar de tanteo. También el soneto, acaso la estrofa en la que se moverá con más destreza, será muy practicada por nuestro poeta durante estos años republicanos. Quizás la sólida formación literaria que adquiere en el colegio de San Casiano y sus muchas lecturas de los clásicos determinen esta afinidad natural con el soneto que Jesús Arcencio mantendrá hasta el final de sus días. Recuérdese al respecto que el soneto se pondrá de moda en los años treinta, recuérdese *El rayo que no cesa* de Hernández o los *Sonetos del amor oscuro* de Lorca. Sin embargo, Arcencio, recluido en una población marginal de España, no va a evolucionar como lo está haciendo la joven poesía del momento. Pensemos que en los años previos a la guerra civil se perciben dos ideas completamente distintas de lo artístico. Por un lado veremos una corriente de lo que podríamos llamar poesía pura, abanderada por Juan Ramón, Guillén y Salinas, en las que se curtirá, entre otros, Luis Pérez Infante, y otra de carácter impuro que liderarán Neruda y Alberti, en su revista *Caballo verde* para la poesía. Arcencio tal vez se incline por la poesía pura, pero esto hay que achacarlo más a su propia concepción del mundo, que a una elección deliberada o consciente.

No será hasta 1934 cuando Arcencio se encuentre en disposición de enfrentarse a sus primeras publicaciones tanto en prensa como en revistas. Todavía, es cierto, se halla un poco fluctuante y en su poética del momento lo mismo encontraremos acentos clasicistas ya superados cuanto reflejos vanguardistas, fruto de su lectura de Buendía y Adriano del Valle, sin olvidar, claro está, los referidos magisterios de Juan Ramón y Lorca.

Pero pasemos ahora a unas breves y necesarias anotaciones sobre su pensamiento político. Según Ernesto Lazo, falangista confeso, Jesús Arcencio se afilió a Falange en 1933, al llegar a sus manos el primer número de la revista JONS. Por otra parte, en conversación grabada con el investigador Jesús Copeiro casi al final de su vida, el propio Arcencio viene a referir que el 13 de julio de 1936 las autoridades republicanas de Huelva ordenaron su detención por su pertenencia a Falange y que a raíz de este hecho hubo de esconderse en distintos lugares hasta la llegada de

las tropas nacionales a la capital onubense, ocurrida el 29 de julio. Según la versión que él personalmente le dio a Jesús Ramírez Copeiro, tras la toma de Huelva decide unirse a las fuerzas nacionales, participando en la toma de Valverde, Zalamea, El Campillo y Riotinto, entre el 20 y 29 de agosto de 1936. En Zalamea, donde la resistencia fue más encarnizada, estuvo a punto de ser herido, cuando una bala le atravesó el mono del pantalón, rozándole la rodilla. Este testimonio podría resultar definitivo sobre sus ideas políticas, si no fuera porque Arcensio era propenso a la mistificación y no siempre sus recuerdos se avienen exactamente con la realidad, como el propio Copeiro refleja. Poco antes de publicar *Sueño y costumbre*, José María Franco y el que les habla se entrevistaron con el sobrino del poeta, José Antonio Ortega, quien vivió largas temporadas con él y nos contó sabrosas anécdotas de su vida, y rebatió este punto. Según su versión, Arcensio se afilió a Falange durante los días posteriores a la caída de Galaroza, donde se encontraría el poeta (el dato me ha sido ratificado por otras personas). Su filiación a Falange se debió, según el parecer de su sobrino, al miedo a represalias sobre su persona, pues hasta la fecha Jesús había tenido más bien veleidades izquierdistas, como probarían sus colaboraciones en *Luz y Libertad*, la revista ayamontina de signo anarcoide o su estrecha relación con la prensa izquierdista onubense. La amistad de su padre con un conocido capo falangista onubense y su rápida militarización, harían el resto, según José Antonio Ortega. Esta versión, con ser razonable, explicaría su conexión con el falangismo, pero no sus ideas políticas previas a la guerra. Demos otro paso más: al investigar Rodolfo Recio en las actas municipales de Galaroza, con motivo de su libro *Los amantes de Galaroza*, encontró documentos esclarecedores sobre la adscripción ideológica del joven poeta. Según reza en el acta consistorial de Galaroza con fecha del 10 de enero de 1936, Jesús Arcensio es nombrado concejal y provisionero del municipio a instancias del gobernador civil, en sustitución de los recién destituidos concejales de militancia izquierdista, cargo en el que se mantiene hasta un mes después, concretamente hasta el 14 de febrero de 1936. Este dato, con no ser definitivo en cuanto a su adscripción política, sí que nos da una ligera idea de por dónde se dirigen sus pasos en orden ideológico. Añadamos que sus compañeros de “alcaldada” pertenecen a la Unión Republicana, de una evidente tendencia derechista. Advirtamos para terminar con este punto,

que Jesús Arcensio permaneció fiel al ideario joseantoniano hasta su muerte, una vez fallecido el dictador y consolidada la democracia. Muchos onubenses lo recuerdan todavía en las calles céntricas de la capital ofreciendo a los paseantes propaganda de Falange.

La guerra civil vendrá a trastocar todo. El país, envuelto en una delicada situación social, económica y política, se enfrenta en el verano del 36 con un golpe de estado por parte de las corrientes más conservadoras del país, a consecuencias del cual se originará la contienda más sangrienta y terrible de cuantas ha vivido España. Una contienda que no sólo supone un hachazo en la convivencia áspera y difícil de los españoles, sino que destroza física y moralmente a varias generaciones, entre las que se encuentra la del poeta serrano.

Digamos que Arcensio ha vivido hasta el verano del 36, de espaldas a la realidad, ensimismado en su quehacer poético y embelesado con el paisaje y los trazos movedizos de la noche. Es al menos lo que se entrevé en sus poemas. Lo que sí resulta definitivo será la impronta personal que la guerra ocasionaría en el poeta. Si, como le confesara a Copeiro, es cierto que se hallaba en Huelva en el momento de ser tomada y que se unió a las tropas derechistas que se dirigieron a la Cuenca Minera, la cantidad de horror y miseria moral a la que debió enfrentarse, no podrían haberlo dejado indiferente. La feroz represión de los llamados nacionales en la provincia onubense no es algo que un estómago humano pueda digerir sin consecuencias. A decir de los investigadores José María García Márquez y Francisco Espinosa Maestre, la represión en la provincia onubense fue la más feroz de toda España. En los primeros quince días no mueren fusiladas menos de cien personas en la capital onubense. En poblaciones como Valverde, Zalamea, Riotinto o Nerva la represión superó con creces la brutalidad de Huelva, y en Galaroza, como en el resto de la Sierra, la crueldad del llamado bando nacionalista fue despiadada, lo que no pudo pasar indiferente ante los ojos de aquel zagalón de 25 años, hijo del ferretero de la localidad y, por tanto, conocedor de todos sus vecinos. Arcensio, desde su adscripción a Falange y como integrante de la columna, no pudo permanecer ajeno a esta barbarie muchas veces inopinada y perfectamente gratuita. No existen pruebas de

su participación directa en ninguno de los fusilamientos, ni nadie lo ha señalado como tal, pese a la visibilidad de su figura, pero aquí se nos hace difícil eximirlo de semejante violencia.

Tras esta primera etapa bélica, Arcensio buscará destinos más acordes con su formación académica y su potencial literario. Al parecer, sus primeros cometidos “propagandísticos” consistieron en las colaboraciones periodísticas en *La provincia de la F.E.*, en la que trabajó de redactor, si bien no firmó ninguno de los artículos o noticias publicadas. Es curioso advertir que este anonimato lo perseguirá durante toda la contienda, pues a pesar de su labor propagandística, no firma ninguno de sus escritos. ¿Por qué?, cabría preguntarse. Por estas fechas debe datar el proyecto de creación de la compañía teatral *La tarumba*, junto a Pepe Caballero, Emilio Molero, Mariano Orta y Manuel de la Corte, colaboradores también en *La Provincia de F.E.*.

Arcensio gustaba rememorar a los afines episodios de la guerra en los que la imaginación se entreveraba con la realidad. En verdad, como queda dicho, poco sabemos de su participación en ella, salvo que tras sus andanzas por la Cuenca Minera y la Sierra, anduvo por Peñarroya, para unirse luego al Servicio Nacional de Propaganda y cubrir los combates de Madrid (estuvo en la Ciudad Universitaria), del Tajo y del Ebro como altavoz del frente, por lo que hubo de conocer a Dionisio Ridruejo, director del Servicio Nacional de Propaganda y con quien guarda ciertas similitudes éticas y biográficas. Resulta pertinente referir un suceso que a punto estuvo de poner fin a la vida del poeta. Según la versión de José María Franco (ratificada por J. A. Ortega), al regresar a Huelva en uno de sus permisos, publicó un artículo en el que denunciaba las misérrimas condiciones de vida que sufrían los soldados en las trincheras, frente a la confortabilidad de la intendencia onubense; el artículo, como podemos figurarnos, indignó a los feroces retaguardistas, que lo acusaron poco menos que de traición a la *santa cruzada*. Pero Jesús Arcensio, fiel a sí mismo, no se retractó de lo escrito y fue llevado a prisión, de donde logró sacarlo Manuel Ruiz Lanuza, jefe de la Falange en Huelva; tras el incidente, sin embargo, lo enviaron a Madrid con el propósito de que una bala perdida pusiese fin al asunto. Según testimonio de José Baena, el artículo del cachonero podría hacer referencia en tono satírico, al excesivo

ardor, no precisamente guerrero, de la esposa del Gobernador Civil Miranda, hecho que, a decir de Franco y Ortega sucedió después. Sea como fuere, la anécdota nos muestra a un hombre crítico e independiente, que aún no ha renunciado al idealismo.

Convengamos que en el carácter de nuestro poeta pesa mucho más el individualismo que cualquier forma de gregarismo. El falangismo de Arcensio, comienza siendo meramente idealista, para convertirse, al paso de los años, en un falangismo melancólico, nostálgico. Esa es la razón por la que nunca podrá separarse de él. Como ocurriera con muchos jóvenes de uno y otro bando a quienes la guerra pilló con el paso cambiado, Jesús nunca se pudo sobreponer a aquel mazazo psicológico que destruyó su vida. Su fijación por el periodo anterior a la guerra hay que situarlo en la añoranza que siente por el paraíso perdido, por un mundo que aún no le había mostrado la extrema dureza de la vida. Mentalmente es un hecho que Arcensio se queda atrapado en los instantes previos a la guerra civil, rechazando una realidad con la que no acaba de identificarse. Cuál es esta realidad, podríamos preguntarnos. Una realidad sin esperanzas, una realidad sin ilusiones, una realidad con una carga de dolor y de sinsentido que uno termina prescindiendo del presente, para vivir con los ojos y en la ilusión paradisíaca del pasado. Y así, Arcensio se arrastrará como una sombra de sí mismo, adoptará el porte de un hombre elegante y bohemio, enajenado de todo y de todos, un hombre que ni siquiera está dispuesto a ofrecer un futuro a las mujeres que viven y se desviven por él. Su vida presente no le interesa y con frecuencia se recluye en momentos de intensa nostalgia que lo conducen al nihilismo y a la autodestrucción. Pensemos que su obra poética anterior a la guerra, si bien de calidad inferior, es cuantitativamente más voluminosa que la escrita con posterioridad, lo que da a entender que incluso la poesía acabó por interesarle muy poco. En los 50 años que sobrevivió a la guerra no llegó a escribir más que un centenar corto de poemas, muchos de ellos de encargo, mientras que en los años republicanos escribió una cantidad que casi duplica ese centenar. Consideremos en este punto su negativa a publicar libros. Los dos únicos que publicó en vida, lo fueron a instancias de sus amigos y tras muchas insistencias y dudas al respecto. Es un hecho probado que jamás intentó aprovechar su privilegiada filiación en

el falangismo para granjearse un puesto de relieve en el régimen franquista que le garantizase la existencia (y a veces pasó por apuros económicos). Si a todo esto unimos el hecho de que su poesía logra mantenerse prácticamente impoluta de propaganda política, tal vez podamos llegar a la conclusión de que mantuvo una relación problemática y crecientemente escéptica y desconfiada con los ámbitos políticos, ideológicos y artísticos del momento. Pero, claro, esto no siempre fue así.

Acabada la guerra civil e instaurado el régimen franquista, nuestro poeta se encuentra en una encrucijada vital. Huelva es un cementerio. Arcensio no es indiferente a la destrucción física, psicológica y moral y es por eso que no se suma a los panegiristas del régimen. Tiene tribunas pero no las utiliza. Permanece en la más absoluta oscuridad. Aunque podría haberlo hecho, no regresa a su trabajo en la escuela. Quiere escapar. Durante una buena temporada piensa en instalarse en Madrid donde acaso le espere un futuro más venturoso, pero su paso por la capital de España es corto y desalentador.

Mientras Arcensio se plantea su futuro, Alemania planta sus zarpas en Europa. En el verano de 1939, tras ocupar Chequia y Polonia, Francia le declara la guerra. Muchos de nuestros exiliados aún permanecen en los campos de refugiados habilitados por un temeroso el Gobierno francés. La guerra sacude Europa de parte a parte en los primeros meses de 1940 y una cortina de sangre se impone sobre el mapa del viejo continente. Será cuando Arcensio, retirado en su pueblo natal, firme un poema titulado *Voz de aviso a New York*, en el que un Arcensio tocado por el asco y muy sensible a todo cuanto tuviera que ver con la sangre, abomina del nuevo hombre y de la gran ciudad, en la que no ve sino depredación y ausencia absoluta de valores. Uno tendría la tentación de pensar que este grito va dirigido a sí mismo y a su realidad interior. Sea como fuere, el poema se halla, como se ve, muy en la línea de *Poeta en Nueva York*, publicado por Bergamín justo ese año y del que Arcensio no tenía noticia:

*Pero, tu nombre
dice sangre, ¡sangre!
En inglés, en alemán, en chino,
en español; ¡en todos los idiomas!
Y tú, sordo,
¡Sangre! ¡Sangre! ¡Sangre! ¡Sangre!
[...]
Debe ser algo más, la primavera,
más que un florecer metálico de hélices.
No creas que la sangre
respetará tus diques, como el agua.
Un día
-un día cualquiera-
no podrás contenerla y desbordarla,
alcanzará tus azoteas últimas.
-New York, New York...-
No sigas ignorando
la existencia del hombre. ¡Sí, del hombre!*

La experiencia en los frentes y el horror ante la crueldad gratuita del hombre ha dejado en el poeta una definitiva sensación de impotencia, de descreimiento, de desdén ante el mundo. La sangre que vemos correr por el poema no es otra que la que él ha visto correr sin sentido por las trágicas tierras de España. Si hasta entonces la poesía de Arcensio se había recluso en la contemplación, ahora, regurgitados todos los horrores, tratará de encontrar un sentido y una explicación a ese mundo oscuro, que le ha manchado las manos y el corazón. El hombre, aquel hombre en el que él había creído, ha terminado empozoñándolo todo, y no queda ya el menor atisbo de esperanza. Voz de aviso a New York es el canto del cisne de un mundo definitivamente perdido. No parece casual que el poema esté firmado y fechado -lo cual en él no es muy frecuente- en El Valle de

la Novia (Galaroza): la contraposición entre El Valle de la Novia y New York, no puede ser más evidente. Según nos cuenta el siempre informado José Luis Ortiz de Lanzagorta en su magnífica obra *El Dios del Mediodía*, es en esta época cuando nuestro poeta trata de suicidarse por vez primera, arrojándose a un tren.

Dicho esto, hay que decir que Arcensio, como en realidad todo el falangismo, se decanta por Alemania. La relación fraternal del falangismo con el fascismo italiano y el nacionasindicalismo alemán han sido de sobra estudiados y no es cuestión de exponerla aquí. Si en el poema de Nueva York podríamos advertir que el acento se pone en la ciudad símbolo de los aliados, Nueva York, en el espeluznante Acusación a Israel, Arcensio va mucho más allá. En él el poeta de Galaroza se instala en el más claro y terrible antisemitismo, abonando sin el más mínimo pudor las tesis del nazismo:

*La palabra judía
cae como sal sobre los campos.
[...]
¡Cómo arde su rabia!
Su impotencia
se hace sangrante y vengativa...
[...]
¡Oh, judíos!, ¡Asesinos de Dios!
Asesinos también de la caricia.*

Arcensio se convierte por estas fechas en un convencido germanófilo. Su germanofilia no se contenta con la escritura de este poema, sino que va mucho más allá. Jesús Ramírez Copeiro lo sitúa en su libro *Espías y neutrales: Huelva en la Segunda Guerra Mundial*, como un agente al servicio de los alemanes. El 20 de mayo de 1941 sucede un hecho novelesco en la vida del poeta. Según las diligencias policiales, cuyas copias me cedió personalmente el investigador valverdeño, la tarde del 20 de mayo de 1941 Jesús Arcensio recaló en Corrales, como agente publicitario de Odiel. En el casino de la localidad, él y un amigo (Casto Pino, tal vez) se pusieron

a beber. A medianoche Arcensio salió del local y al cabo volvió con un extraño paquete, que explotó, hiriéndolo a él mismo y a tres personas más. Una vez curadas sus heridas prestó declaración ante un tribunal militar, ingresando en prisión, de la que no salió hasta el 15 de julio. Diez días más tarde se archivó el caso. El incidente, por decirlo así, no pasó a mayores, tal vez porque las autoridades así lo decidieran, pero todo apunta a que fue un acto de sabotaje a los intereses ingleses -el casino de Corrales pertenecía a la compañía minera inglesa. El caso de Corrales se inscribe dentro de una serie de actuaciones ejecutadas por Arcensio que lo sitúan sin lugar a dudas como un agente del espionaje pro-alemán, tal vez adscrito al cuerpo de información de Falange. En 26 paginas manuscritas (e inéditas), Copeiro, va anotando las conversaciones mantenidas con Arcensio, donde se narra la participación de nuestro poeta en una acción de aprovisionamiento de un submarino alemán frente a las costas de Mazagón: “Los submarinos alemanes que estaban de servicio en la zona del Estrecho y el cercano Atlántico se solían abastecer de suministros en la costa de Huelva. A través de un barco de pesca, fuera de la barra, en la zona de la costa comprendida entre Mazagón y Matalascañas, zona ciertamente no poblada y sin carreteras, de noche y bien de noche, se solía realizar el suministro de víveres (carne y verdura frescas, frutas, agua potable) y combustible y se les daba el correo. En uno de estos suministros participé yo, que fui invitado a permanecer en el submarino emergido por espacio de media hora y obsequiado con un sucedáneo de café excelente (un exquisito café artificial) y me fumé un excelente cigarro puro, que era de papel, pero con aroma y sabor igual que un cigarro habano, posiblemente tendría mezcla de tabaco y papel”. De estas páginas no sólo se desprende que su conocimiento del caso Mincemeat era exhaustivo, sino que estuvo familiarizado con los movimientos de la inteligencia alemana, inglesa, italiana y española, tanto en la capital onubense como en Sevilla.

Todavía en 1941 se dirige a Adriano del Valle, a la sazón director de la revista cinematográfica *Primer plano*, tal vez con el fin de que del Valle pudiera echarle un cable en la capital. Elige para la ocasión poemas con clara ascendencia ultraísta, que puedan agradar al poeta del régimen. Los tres sonetos que le envía (Adriano del valle, cantor de luces y aromas, Tu voz

en esta hora, y Soneto a la ausencia) tal vez no vieran la publicación en los altos cielos matritenses o al menos no tenemos la menor constancia de ello. Hoy, el curioso lector los puede encontrar en los archivos de la Diputación Provincial, cedidos por la familia de del Valle, pero no les acompaña carta alguna, por lo que no sabemos cuál fue su suerte. Es posible que el sevillano nunca le contestara. Sea como fuere es tal vez el último intento de hacer carrera literaria por parte del cachonero.

A partir de ahí, Arcensio abandonará casi por completo el cultivo de la poesía y sólo escribirá cuando el peso de su zozobra así se lo dicte o cuando, más festivamente, los compañeros de aventuras literarias se lo pidan. Como es sabido, los poemas que escribe a partir del 42 se escoran hacia un radical pesimismo, cuando no hacia un entrañamiento que lo convierten un poeta valioso y digno de ser recordado y estudiado. Pero podemos aventurar que en torno a 1942 Arcensio abandona su sueño y se convierte en una sombra de sí mismo.

